



FAMILY INTERNATIONAL MONITOR

Familia y pobreza, aspectos económicos y relacionales

"Nuestro mundo vive tiempos difíciles". Así lo escribe en 2015 el entonces Secretario General de las Naciones Unidas Ban Ki-moon, en el libro de Jeffrey Sachs La era del desarrollo sostenible. "Familias y comunidades enteras siguen sumidas en la pobreza. El cambio climático amenaza los medios de subsistencia de muchas personas. Los conflictos proliferan. Las desigualdades se acrecientan. Todas estas crisis no harán sino agravarse si no hacemos nada para evitarlo". Este mensaje sigue siendo hoy más apremiante que nunca. El Papa Francisco nos lo dijo con otras palabras en la Laudato Si'.

En una sociedad global cada vez más avanzada e interconectada, donde las tecnologías, las instituciones y la cultura han alcanzado niveles muy altos y donde los capitales, las mercancías, las ideas y las personas, y no los inmigrantes y los solicitantes de asilo, cruzan las fronteras con una velocidad y una intensidad sin precedentes, ¿cómo es posible que no se logre erradicar la pobreza? Debe ser una cuestión central en nuestra reflexión actual sobre la familia.

Para dar una respuesta positiva, los líderes mundiales se han comprometido a llevar a cabo una nueva Agenda de Desarrollo que permita alcanzar en los próximos años una serie de objetivos globales concretos para el desarrollo sostenible. Nosotros participamos como Cáritas en el encuentro anual del Foro Político de Alto Nivel sobre Desarrollo Sostenible (FPAN) de las Naciones Unidas en NY, que hace un seguimiento del progreso realizado, sobre la base de una contribución de un grupo de Estados y sobre la evaluación de la implementación de algunos Objetivos de Desarrollo Sostenible. Somos conscientes de que no se avanza como se debería cuando ya no hay tiempo que perder.

El Mundo vive realmente tiempos difíciles, a caballo entre las oportunidades y los nuevos riesgos. Pensemos simplemente en los efectos del cambio climático, debido a una explotación desconsiderada de los recursos de nuestra Madre Tierra y a un modelo de desarrollo equivocado.

Pero si bien el mundo vive tiempos difíciles, también lo hace la familia, sumida en una crisis económica, social y espiritual de la que intenta escapar. Cuando la crisis golpeó duramente y los bancos y las empresas fracasaron en el mundo occidental, dejando a muchas personas sin trabajo y sin ahorros, las familias funcionaron un

poco en todas partes como amortiguadores, evitando lo peor para quien, fuera padre, madre o hijo, se vio afectado por la recesión. Actuaron como un "hospital de campaña", por usar una imagen querida por el Papa Francisco. Un espacio en el que curar las heridas producidas por la crisis, incluidas las culturales y relacionales. Pero las familias no han salido ilesas de la presión que se ha ejercido sobre ellas. Porque es sabido que la pobreza económica y la exclusión social aumentan la pobreza existencial y ponen a prueba las relaciones, hacen a las personas vulnerables y crean una espiral que acaba envolviendo toda la vida personal y social. Cuando la familia se desmorona y la red familiar se quiebra, la pobreza aumenta y se vuelve aún más dramática en presencia de los hijos. Cuando las políticas sociales apoyan y defienden los derechos y los deberes de la familia y cuando existen redes de ayuda recíproca y de voluntariado, las familias logran afrontar el cambio. Pero cuando esto es escaso o inexistente, el tejido familiar se desgarrar y desestabiliza a toda la sociedad.

En Occidente, el materialismo, el consumismo y el creciente individualismo debilitan los lazos familiares y la solidaridad entre generaciones. Está llegando a todas partes con este tipo de globalización.

En América Latina se suele decir mirar con los ojos del pobre. Este es el objetivo de todas las personas que participan en Cáritas y en la sociedad, y también de los Observatorios de las Cáritas sobre la pobreza.

En el Día Internacional para la Erradicación de la Pobreza 2018, en el Informe Carità in attesa (Pobreza en espera), Cáritas Italiana indicó que el número de pobres absolutos, aquellos que no logran alcanzar un nivel digno, sigue aumentando (de 4 700 000 en 2016 a 5 058 000 en 2017), a pesar de los tenues signos de recuperación del frente económico y de empleo. Desde los años precrisis hasta hoy, indica el Informe, el número de pobres ha aumentado en un 182 %, una cifra que da una idea de la alteración que se ha producido como resultado de la recesión económica. En los datos sobre la pobreza destaca la desventaja de las familias con miembros extranjeros con respecto a las familias de italianos. Esta desventaja, que no es una novedad, se ha visto reforzada en 2017. Entre los italianos, una de cada veinte familias es pobre; entre los extranjeros, casi una de cada tres.

Las historias de pobreza interceptadas por los Centros de Escucha son cada vez más complejas, crónicas y multidimensionales: ha aumentado la cifra, bastante alta, de personas que viven en situaciones de fragilidad desde hace más de 5 años. Esta es la pobreza que se vuelve crónica y que hace que las personas y las familias se sientan cada vez más excluidas, impotentes y aisladas del resto de la comunidad.

Ahora quisiera llamar la atención sobre dos aspectos importantes de la pobreza de las familias: la pobreza infantil y la pobreza educativa. No es casualidad que el año pasado Cáritas Europa dedicara un estudio a la pobreza educativa. La educación, dice el título, es la clave para romper el círculo vicioso de la pobreza.

Me sorprendieron los datos registrados por Cáritas Estados Unidos, Catholic Charities USA. A pesar de que el país está experimentando un crecimiento económico y del empleo, Cáritas indica que la pobreza está aumentando. La cifra sobre los menores es alarmante: más del 21 % de niños (15,3 millones) vive en situación de pobreza, es decir, 1 de cada 5 y más del 15 % de familias tienen dificultades para obtener alimentos. Los niños de estas familias pueden comer solo en los comedores escolares. En muchos países sucede lo mismo, como demuestran los datos del PMA que distribuye las comidas en muchas escuelas del mundo.

Los datos sobre la infancia son un indicador clave para medir el grado de humanidad de una sociedad.

Por eso es tan importante observar lo que les sucede a los menores y a los jóvenes en las familias de hoy. Especialmente en Occidente, la pobreza aumenta con la edad, convirtiendo a los niños y jóvenes en los grupos más desfavorecidos en la actualidad.

También en Italia hay 1 200 000 menores, el 12 % del total de personas que viven en la pobreza absoluta, y los jóvenes de entre 18 y 34 años representan el 10,4 %: hoy casi uno de cada dos pobres es un menor o un joven.

En toda Europa, los datos de la Eurostat muestran que alrededor de 25 millones de niños se encuentran en riesgo de caer en la pobreza o en la exclusión social y la cifra ha aumentado desde 2007, año de inicio de la crisis financiera global. La estructura de las familias es un factor de riesgo, sin duda más elevado en hogares monoparentales o en los que hay 3 o más menores a cargo.

La situación de los niños es aún más complicada en las familias que viven en contextos de periferia, desfavorecidos y precarios o en zonas del mundo donde los niños están expuestos a la violencia de la guerra, a la vida precaria en los campos de refugiados y a las migraciones forzadas. Sus vidas y su paz se ven amenazadas cada día por la violencia urbana, las mafias, las maras de América Central. Muchos niños en muchas partes del mundo ni siquiera han sido registrados al nacer, lo que les convierte en presa fácil de la explotación. Los niños ven, viven en situaciones de temor, de violencia, son testigos, a menudo silenciosos, de acontecimientos dramáticos dentro de las familias, en las comunidades, en las ciudades, en los países en conflicto.

No actuar hoy con respecto a las condiciones que afectan a los niños y a sus familias equivale a hipotecar el futuro de toda una generación. Porque entre la pobreza material y la pobreza educativa existe un círculo vicioso que se alimenta en ambas direcciones. Ser pobre materialmente aumenta el riesgo de ser pobre desde el punto de vista educativo y viceversa. Y por pobreza educativa me refiero a la falta de oportunidades para aprender, experimentar y desempeñar actividades culturales, deportivas y sociales. Nacer en una familia desfavorecida a menudo no es una condición transitoria, sino que puede condicionar toda la vida. Si además se nace en un territorio desfavorecido o en una zona de conflicto o precariedad, la pobreza se duplica. Los niños que nacen hoy en situaciones familiares y sociales

desfavorecidas corren el riesgo de convertirse en los excluidos del mañana. Es impresionante el aumento del abandono escolar. La escuela italiana pierde cada año 135 000 alumnos, que abandonan sus estudios entre el primer y segundo ciclo. En varios países del mundo, las redes informales de ayuda escolar y de educación para la paz, creadas por muchas realidades eclesiales y no eclesiales, permiten a los niños no perder la oportunidad de formarse y construir un futuro mejor.

Precisamente porque el peligro de la pobreza material está a la vuelta de la esquina, la comunidad internacional ha hecho de la educación un objetivo clave del desarrollo sostenible y ha unido a este compromiso otro contra el desempleo juvenil. Por primera vez en la historia, los jóvenes no encuentran trabajo y no ven nunca un puesto fijo. Sus padres lo pierden y la vida de las familias se vuelve precaria para dos generaciones de 20 y 50 años. Es una vida cada vez más a caballo entre el trabajo atípico y el desempleo, con ingresos inciertos y sin posibilidad para los jóvenes de planificar su futuro.

Partiendo de esta mirada a la realidad de los menores, hoy podemos decir con razón que la pobreza infantil y la pobreza educativa son dos de las mayores necesidades de las familias. Luchar contra la pobreza y la desigualdad infantil es crucial para garantizar que los niños tengan las mismas oportunidades de vivir, aprender y relacionarse, para que puedan desarrollar sus propias capacidades y, si se convierten en padres, evitar que sus propios hijos vivan en situaciones de pobreza. Es necesario apoyar a los niños y a los jóvenes con grandes inversiones públicas y privadas en educación, en la transición de la escuela al trabajo y en políticas sociales de apoyo a las familias.

La comunidad eclesial y Cáritas, a todos los niveles, están llamadas diariamente a esta tarea fundamental y se comprometen a llevarla a cabo. Ayudar a las familias a crear una red, a apoyarse mutuamente, ayudar a las comunidades a crear espacios de crecimiento para los niños y de apoyo a la búsqueda de trabajo para los padres.

Tal vez, para humanizar nuestra sociedad y crear una cultura de convivencia, es necesario empezar por los niños y los jóvenes. Invertir tiempo, energía y entusiasmo para construir el futuro junto a ellos. Invertir sobre todo en formación. Porque, como dice una célebre cita china: "Debemos pensar en el próximo año plantando semillas, en los próximos diez años plantando árboles y en los próximos cien años educando a las personas."

Las propias familias son una escuela de esperanza y solidaridad y, a partir de su experiencia diaria de amor, podemos construir un mundo más justo y humano.

Michel Roy, Secretario General de Internationalis